

Nuestro: Alain Krivine

"Para aguantar como lo hizo, tuvo que prevalecer el optimismo de la voluntad".

Por Michèle Krivine

Michèle Krivine, de soltera Martinet, esposa de Alain Krivine, fue militante de la Jeunesse communiste révolutionnaire, luego de la Ligue communiste y de la Ligue communiste révolutionnaire.

He querido abrir este homenaje a Alain con un prelude de Bach interpretado por Rostropovitch, porque él amaba la música clásica y, en particular, los instrumentos de cuerda. Un hermano que tocaba muy bien el violín y una familia muy amante de la música explican que la música clásica formara parte de su vida cotidiana.

A Alain lo conocí por primera vez en el verano de 1955. Yo estaba a punto de cumplir 13 años, él acababa de cumplir 14. Unos amigos comunistas de mis padres, en cuya casa íbamos a pasar el fin de semana, les habían pedido que llevaran a su pequeño vecino en coche. Cuando vi al pequeño vecino me emocioné mucho porque era un niño muy bonito.

Pero lo único que le interesaba era discutir de política con mi padre. El único recuerdo concreto que tengo es que se trataba de la guerra de Indochina y del tráfico de piastras. No sé si muchos de los presentes recuerdan lo que era el comercio de piastras, pero Alain, sabiendo que mi padre lo había denunciado en France Observateur, quiso saberlo todo.

Como joven militante de los Vaillants y luego de las Juventudes Comunistas, ya era totalmente adicto a la política.

Por otro lado, no mostró ningún interés en mí. Esta fue mi primera desilusión.

En 1961, me uní al Front universitaire antifasciste, creado contra la OAS y del que Alain era uno de los líderes, lo que le valió un *plasticage*. El pequeño estalinista de 1955 se había convertido en un trotskista convencido, pero seguía militando en el PCF y en la UEC.

Nos casamos al año siguiente, en 1962, yo con autorización paterna. Eso fue hace 60 años. Una larga compañía que llega a su fin.

Los años 60 fueron, obviamente, una década muy emocionante.

Éramos estudiantes de historia en la Sorbona, totalmente despreocupados por nuestro futuro profesional, como todos los de nuestra generación.

Estábamos en la edad en que se forjan las amistades más duraderas.

Éramos militantes de la Unión de Estudiantes Comunistas, convencidos de que, luchando contra su dirección, entonces muy estalinista, haríamos temblar el edificio,

No agitamos mucho porque fuimos excluidos en un congreso en el que Roland Leroy pronunció un discurso muy violento contra nuestras desviaciones.

Porque más allá de la negativa a votar a Mitterrand en 1965, que en su momento, hay que recordarlo, evocó sus posiciones poco gloriosas sobre la guerra de Argelia, fueron todas las críticas a la Unión Soviética las que el Partido Comunista no pudo tolerar.

En medio de un silencio sepulcral, uno de nuestros camaradas salvó el honor diciéndole: "Roland, tu discurso ha sido tan bonito como un tanque soviético frente a Budapest".

Reconstruyo el ambiente de la época.

A los comunistas aquí presentes, a los que saludo, no les importará que recuerde este episodio. El tiempo pasó y validó nuestras críticas y análisis del estalinismo.

Luego vinieron las manifestaciones contra la guerra de Vietnam y, por supuesto, mayo del 68.

No me detendré en mayo del 68. Todo el mundo sabe que Alain estaba totalmente comprometido. Voy a citar una frase suya que fue la brújula de toda su vida militante:

"Mayo del 68 nos enseñó que podíamos romper los grilletes y nos permitió vislumbrar el potencial de organización de la sociedad por parte de los que hacen el trabajo pero no tienen poder de decisión".

Pagó su compromiso pasando un mes en la cárcel de La Santé en condiciones que, hay que reconocerlo, eran bastante cómodas.

Luego, liberado, fue directamente al servicio militar en Verdún y luego directamente a las elecciones presidenciales de 1969.

Su escasa puntuación me hizo ver que no habría un futuro inmediato.

Pero no le afectó porque recuerda que era la época de las "elecciones trampa para idiotas".

En las elecciones de 1974, Arlette se impuso.

Cuando vio las representaciones televisivas de sus campañas, dijo con humor: "Vaya, debía de dar mucho miedo".

Compartir la vida de Alain durante 60 años implicaba que tenía algunas virtudes.

En primer lugar, era increíblemente optimista. Creo recordar que Gramsci dijo: "Hay que combinar el optimismo de la voluntad con el pesimismo de la razón". En cuanto al optimismo de la voluntad, a Alain no le faltaba. Participó en todas las batallas, con éxito o sin él. Si hay un deporte que practicaba, era la marcha. Recorrió las calles por mil causas nacionales e internacionales. Recuerdo una: le gustaba recordar que fue el único político presente en el primer desfile del orgullo gay a principios de los años 80. Y nos hacía reír cuando relataba, con el ceño medio fruncido, las reflexiones escuchadas en el camino: "¡Así que él también está en esto! No lo hubiéramos creído".

Por otra parte, el pesimismo de la razón no era realmente natural para él. Tenía una visión algo eufórica de las luchas en curso, una capacidad para olvidar rápidamente los fracasos.

Pero dada la evolución del mundo actual, que él consideraba mucho más duro que en 1968, creo que para aguantar como lo hizo, tuvo que prevalecer el optimismo de la voluntad.

Vivir con un optimista cuando uno mismo no es siempre optimista es un verdadero privilegio. Me enseñó a relativizar lo que no era importante y a afrontar los momentos difíciles con valor.

Y hasta el final mantuvo este optimismo a pesar de la sucesión de enfermedades que no le han perdonado en los últimos años. Nos decía: "No os preocupéis, estaré bien".

Otra agradable cualidad de Alain era que era feminista tanto en sus creencias como en su comportamiento.

Esta es una marca registrada de todos los Krivines, tanto de sus hermanos como de los hombres de la segunda y tercera generación.

Más allá de las convicciones, ¿a qué se debe esto?

A la hermosa persona que fue su madre Esther, sin duda.

A la personalidad de sus compañeros.

Y para Alain, a un entorno femenino que le venía muy bien: 2 hijas y 2 nietas de fuerte carácter.

Por último, en su vida personal, Alain era un hombre tolerante, benévolo y muy amable.

En primer lugar, fue tolerante conmigo, que, por decirlo brevemente, me había convertido más en un Jaurès que en un Lenin. Esto nunca le supuso ningún problema. Los acuerdos y desacuerdos tenían la ventaja de animar nuestra vida cotidiana.

Fue benévolo con sus antiguos y numerosos camaradas que, por cansancio o divergencia, abandonaron sus organizaciones. Los que eran sus amigos siguieron siendo sus amigos.

¿También era genial en su vida de militante? Eso espero. Pero teniendo en cuenta los encarnizados debates por los que son famosas sus organizaciones, no debe haber sido tan fácil.

Entonces, ¿se arrepiente de algo? El activismo consume tanto tiempo que deja poco espacio para los placeres y la ligereza de la vida. Entre reunión y reunión, siempre se puede encajar la música y el cine. Pero la literatura, el teatro y las exposiciones se sacrifican a menudo.

¿Se ha perdido? A veces sí, pero no muy a menudo.

Llevaba la vida que quería. La de un activista hasta el final de sus posibilidades.

Afortunadamente, las vacaciones pagadas existen. Cuando estaba de vacaciones, Alain sabía desconectar por completo.

Para terminar, me gustaría agradecer a todos los que estuvieron tan presentes con nosotros cuando su salud se estaba deteriorando.

Todos los que están hoy aquí para rendirle homenaje.

Todos los que me han inundado de mensajes cariñosos desde su muerte con las mismas palabras que se repiten: humanidad, empatía, benevolencia, sencillez, humor, desinterés.

Me detengo aquí porque roza el culto a la personalidad, algo que a él no le habría gustado.

Espero que todos los que le querían le recuerden como un hombre de gran integridad.